

	MES.	TRIMESTRE.
En Madrid.	10 rs.	30 rs.
En Provincias.	12	34
En el Extranjero.	24	70
En las Antillas.	24	70
En Filipinas.	24	100

Número suelto, un real.

Mientras las atenciones del periódico no lo impidan, se admitirán remitidos y comunicados a precios convencionales, y anuncios a medio real la línea.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

AÑO II.

MADRID.—Sábado 22 de Abril de 1871.

NÚM. 367.

CRONICA PARLAMENTARIA.

El discurso pronunciado anteayer por el señor Castelar ha dejado estela. No bastando la contestación del Sr. Sagasta, a juicio del Sr. Alameda, este diputado de la mayoría quiso ayer suplir las omisiones del ministro de la Gobernación, y pronunció un extenso discurso, de mejores formas, es verdad, que el del Sr. Sagasta, pero que no sirvió en manera alguna para desvanecer los cargos formulados por el Sr. Castelar ni para demostrar la legalidad del gobierno en su política electoral.

Cuando se han cometido tantos atropellos; cuando se ha falsado de un modo tan escandaloso el sufragio de la nación; cuando hay tantos hechos evidentes y conocidos que no pueden ocultarse; que acusan al gobierno y a sus amigos, es en vano tratar de cubrirlos con el manto de la palabra, son en vano todos los discursos y todos los sofismas.

Hoy, como ayer, antes como después de las peroraciones de los Sres. Alameda y Sagasta, el país conoce perfectamente la verdad, y no dará su veredicto favorable al gobierno y sus amigos.

Pero ya sabemos que no es ese el veredicto favorable que se desea: ya sabemos que no es el país la deidad en cuyo honor se sacrifica, sino la víctima que se sacrifica; por eso clamamos uno y otro día contra esos falsos apóstoles de la libertad que dan el ejemplo de la mas grande tiranía y hacen esclamar, a otros mas caracterizados y probablemente mas sinceros liberales, como el Sr. Castelar, que se alegra de no haber contribuido a la revolución de Septiembre.

Aparte del discurso del Sr. Alameda, que no debió agradar mucho al Sr. Sagasta, porque en cierta manera era quererle envenenar la plana, demostrando que el ministro de la Gobernación no había dicho todo lo que debía decir, pues de otro modo podía haberse reservado para contestar al diputado que consumiera el segundo turno; aparte tambien de la rectificación del Sr. Castelar, en la cual estuvo felicísimo, todos los demás tuvieron por único objeto contestar a alusiones personales, y si sabido es que esta clase de discusiones no da elevación a los debates, en cambio les presta animación y calor, especialmente en una Cámara en que hay tantos rencores vivos, y en que unos enemigos de hoy son los amigos de ayer y otros enemigos de ayer son los amigos de hoy.

Una circunstancia destacó notablemente, llamando la atención de todos los que no conocimos los móviles a que pudiera obedecer, y fué el ataque dirigido por el Sr. Sanchez Ruano a una fracción de la minoría, a la oposición carlista, acusándola de los atropellos cometidos en las elecciones de Salamanca.

Es un modo tan especial de hacer la oposición el del Sr. Sanchez Ruano, que sería mas propio que la hiciera desde los bancos de la mayoría; pero el diputado Salmantino nos tiene ya tan acostumbrados a estas y otras escandalosas que no nos maravillan su modo alguno. El Sr. Sanchez Ruano, no es ciertamente diputado ministerial; pero fué en las Cortes Contribuyentes, y vemos que continúa siéndolo ahora, diputado de oposición a la oposición. Careciendo de plural la fracción a que su señoría pertenece, no es extraño que se coloque en una actitud singular.

El Sr. Orense amenizó la sesión de ayer, como acostumbra hacerlo siempre que hace uso de la palabra, dirigiendo al Sr. Sagasta su consabida patotilla de claridades en aquella forma lisa, llana y casera que le es peculiar, y atacándole, no ya solo como político, sino como ingeniero, por cierta joroba que le salió a un camino construido por él. Habrá quien crea que el Sr. Orense no posee la oratoria: nosotros, por el contrario, vemos que posee la mas a propósito para irritar los nervios del Sr. Sagasta. Cada período del marqués de Albaida es un poema, que si no tiene la sublimidad del Dante tiene la sencillez de Homero. De loco le calificó

el ministro de la Gobernación, lo cual, insignificando las palabras de cierto refrán español muy conocido, y que por lo mismo no tenemos necesidad de indicar a nuestros lectores, daba mayor fuerza a las aseveraciones del Sr. Orense. Pero nosotros no participamos de la opinión del Sr. Sagasta y creemos al digno patriarca de la minoría republicana tan cuerdo como merecedor el gobierno de los justos cargos que contra él fulmina.

Las rectificaciones y numerosas alusiones personales que ocuparon casi toda la sesión de ayer, nos privaron del gusto de oír a nuestro apreciable amigo el Sr. Estéban Collantes, el cual, como dijimos tiene pedida la palabra para el segundo turno en contra. Esperamos con fundamento que el señor Collantes seguirá dando elevación al debate, combatiendo, si, con energía la política del gobierno, pero al propio tiempo con la circunspección y templanza que son compañeros de la razón y de la justicia.

La sesión del Senado se redujo a la lectura y aprobación de varios dictámenes de actas y al sorteo de sonadores por provincias para la renovación parcial del Senado. En la sesión de hoy seguirá la discusión de dictámenes sobre actas.

INÚTILES FURORES.

No recordamos ni habrá quien pueda recordar, pues nunca ha existido, un período como el que media desde la apertura de las Cortes hasta lo presente. Jamás se ha presenciado un espectáculo como el que ahora se presencia, donde quiera que hay algo que represente a la situación. En la tribuna y en la prensa, los dos medios de ponerse en contacto con la opinión pública, expresando todo su pensamiento acerca de los varios ramos de la política y administración, de su conducta, de sus propósitos; no se advierte mas que saña, violencia ira, desprecio, descompostura, agresión injustificada y altamente censurable en los que participan del poder.

Habla la prensa ministerial y solo es para proferir injurias y denuestos contra todo lo que pertenezca a la oposición; para desfigurar maliciosamente los hechos; para rectificar alguna pequeña inexactitud en que haya podido incurrirse, pero sazonando la rectificación con algunos insultos ó bufonadas, con apodos y chistes poco envidiables; para denigrar a las mas respetables clases y a las cosas mas augustas; para hacer imposible toda discusión razonada acerca de los hechos, pues en lo concerniente a doctrina, es inútil buscar en sus columnas un solo artículo doctrinal ó que merezca este nombre. En otros tiempos la prensa ministerial se limitaba a defender los actos del gobierno, sin tener para nada en cuenta las colectividades y menos las personas de sus adversarios, siempre con mesura y con el convencimiento de la posición que ocupaba. Ahora parece presidir a la prensa ministerial un espíritu de cólera implacable, que todo puede revelar menos la convicción de que es justa, fuerte y durable la situación que se defiende.

En el Congreso y en el Senado acontece lo mismo ó una cosa muy parecida. Los ministros se exasperan por la mas ligera alusión; hablan con una pasión, con unos ademanes, con una virulencia tan agresiva, con tan absoluta falta de dominio de sí mismos, que causan profunda pena a los suyos, sorpresa grande en sus adversarios y verdadero asombro en los indiferentes. En aquel sitio que siempre ha contenido dentro de la mas estricta compostura, é inspirado cierta benevolencia respecto a los contrarios, se vé ahora la ira desahogada, la facilidad mas lamentable para perder la poca calma que se haya llevado y una sorprendente facilidad para apelar a las recriminaciones, a las frases inconvenientes, a la amenaza, intempestiva y a cuanto pueda concluir a sacar las discusiones de su cauce, y a promover los mas ruidosos espec-

táculos. En vez de calmar las tempestades que comienzan, allí, en el banco ministerial arrecian y de la mayoría reciben a veces su mayor impulso y fuerza destructora. ¿Es esto convencimiento de que se posee la fuerza de que se blasona y la popularidad de que se hace tan frecuente y pomposo alarde?

El presidente del Consejo de ministros en el Senado primero y después en el Congreso, se exalta y enfurece, y arremete a los que le han combatido, demostrando cierta especie de furor, que a todos causa estupefacción, viniendo como la agresión venia de persona de las condiciones del general Serrano. El ministro de la Gobernación da rienda suelta a su humor atrabiliario y promueve con su palabra tumultos generales, en los que toman parte todos los concurrentes al salón y a las tribunas.

Sin bastarle las personas y los partidos, la emprende con las doctrinas y habla de la prensa con ja ira con que pudiera hacerlo el mas acérrimo de sus adversarios. Es preciso, según él, cohibirla, enfrearla, amoralizarla; hay algunos escritores en la cárcel; pero son pocos; es preciso llevarlos; es muy sensible que los tribunales no entiendan bien el asunto, porque si lo entendiesen, formarían cada día una causa a cada periódico de oposición, pues hay muchos artículos que no se denuncian al juez y deberían denunciarse por altamente criminales. Tal es el modo de pensar el Sr. Sagasta y no solo su modo de pensar, que esto importaría poco, sino su modo de expresarse, lo cual es muy distinto y muy grave en un ministro. Sembrando lenguaje se comprendería en una situación esencialmente represora y en un ministro que, después de haber adoptado medidas de represión, tratase de justificarse al verse atacado, porque había creído conveniente adoptarlas. Mas en un ministro progresista, en un antiguo director de *La Iberia*, donde trababa contra las leyes de imprenta y pedía la mas omnimoda libertad para la prensa; ni se comprende de sí puede comprender mas que suponiendo al ministro en un estado de exaltación a la vista de las oposiciones, que le hace perder la serenidad que siempre debiera conservar en aquel puesto.

Cual sea la causa no es difícil averiguarlo; mas no es el caso entrar ahora en consideraciones acerca de ella. Con una mayoría que se dice compacta, firme, inquebrantable; con todas las garantías que dicen tener en su favor para una larguísima duración, la conducta que está observando el gobierno sería inconcebible si no se supusiese la existencia de un profundo terror, de un presentimiento invencible y temaz de un próximo fin. Y se comprendería menos, á no existir esa causa, en los principios de la legislatura, cuando todavía no se ha constituido el Congreso, ni por consiguiente se ha entrado en lo recio de la pelea, habiendo sido todo hasta ahora y relativamente una ligera escaramuza.

Mas tenga ó no ese presentimiento de su fin; sea esa ó otra la causa de la atrabili y del frecuente dispararse de los ministros; hállese ó no internamente justificada esa fatal predisposición de espíritu en los que deberían mostrar mas tranquilidad y menos apasionamiento, ¿consigue algo el gobierno, lo consigue la mayoría, lo consigue la prensa de la situación con esos arrebatos y esos furios? ¿imaginan que van a convertir a los convencidos en contra, a los preocupados, a los resistentes? ¿creen que han de adquirir mayor cohesión y la consiguiente fuerza con esos alarides de irritabilidad y de soberbia? ¿Suponen que han de ablandar a las oposiciones, hiriéndolas en lo mas vivo, diariamente y con sistemática insistencia?

Si tal piensan se equivocan, y lo sucedido en estos últimos días puede darles la medida de los resultados que habrán de obtener en lo sucesivo. Que tomen el pulso a la opinión, y verán lo que van ganando con su conducta: es lo que les falta que hacer y lo están haciendo a las mil maravillas.

gido las injurias mas atroces; creo que se ha vuelto loca.

Pienso que debéis llamar al médico.

—Acabo de mandar por uno.

El abogado se sentó y ordenó sus papeles.

—Mientras mas pienso en vuestra historia, querido Noel mas me sorprende; y no sé, a la verdad, qué partido tomaría si qué haría en vuestro lugar.

—Si, amigo mío, murmuró el abogado; hay en mi historia lo bastante para confundir a hombres mas experimentados que vos.

El viejo reprimió una sonrisa, y con el aire taciturno que habia adoptado, replicó:

—Confieso mi inesperienza; pero vos que sois entendido en estos asuntos, ¿cómo no pedis una explicación a Mad. Gerdy?

Noel experimentó un estremecimiento que no observó Tabaret a causa de su preocupación respecto del giro que quería dar a la conversación.

—Por esa explicación comencé, dijo Noel.

—¿Y qué os dijo?

—¿Qué podía decir! Comencé por injuriarle.

—¿Cómo! ¿No trató de disculparse?

—Sí, procuró ese imposible. Y para explicarme la correspondencia me dijo: «Pero qué! Mentiras, absurdos, infamias».

El abogado habia guardado las cartas sin que echase de menos la que estrujo Tabaret. Durante dos ó tres minutos permaneció en silencio, y luego continuó:

—Si, quisiera dar explicaciones; pero lo que pude sacar en consecuencia es que adora a su hijo y se desespera con la idea de restituirle mi nombre y mi fortuna.

Y yo imbecil y cobarde que en el primer momento no quería decir nada! Recordaba su cariño y quería perdonarla. ¡Su cariño! Ella me vería sufrir las mas horribles torturas sin derramar una lágrima.

Probablemente habré avisado al conde, observó Tabaret.

—Es posible; pero su aviso no habrá surtido efecto, porque el conde no está en París ni se le espera hasta fin de semana.

TRIUNFO DE LA JUSTICIA.

Ayer tuvimos el placer de abrazar en nuestra redacción al compañero arrancado de ella violentamente y con sorpresa, (como si se tratara de un malhechor cuya evasión se temiese con fundamento) en el día 3 de Marzo, conduciéndosele a la cárcel del Saladero, poniéndosele en el patio entre los mayores criminales y haciéndole objeto de las vejaciones y exacción de que dimos cuenta a nuestros lectores en los números de los días 4 y 7 de dicho mes, a consecuencia de la denuncia fiscal de cinco sueltos publicados en el del 3 de Enero y referentes a la entrada de D. Amadeo.

En el citado número del día 7 de Marzo y en el fondo con que lo encabezamos relativo al incidente de prisión, insertamos a la letra el auto de ella que sin duda se quisiera tuviéramos por motivado, nuestro escrito pidiendo reposición é interponiendo apelación subsidiaria, otro auto ratificando aquel, el otro en que manifestamos nuestra sorpresa por la estemporánea ratificación y auto en que, resolviendo sobre todo, se ratificó definitivamente la prisión y se nos admitió la apelación en un solo efecto.

Entre tanto que el recurso sustanciaba en la audiencia, dejamos consignado que el Sr. D. Manuel Cortés, juez del distrito del Centro, por un hecho que le parecía justiciable (y lo son hasta las faltas) pero á que no se atrevía á dar el nombre de delito, ni siquiera todavía á calificarle de modo alguno por lo que, no indicando la clase de pena á que podría dar lugar, no podía consignar como consignó que *llevara ancha la prisión preventiva*; por unas frases que no se había atrevido á llamar injurias porque en su conciencia debía conocer que no lo eran, decretaba autos de prisión que llamaba *motivados y ratificados*.

Conste, añadimos entonces, que si no hay delito el señor juez ha infringido el art. 2.º de la Constitución, que dice: *ningún español podrá ser preso sino por causa de delito*; y esto es claro que se ha de entender de los que por la naturaleza de la pena llevan ancha la prisión preventiva.

Confirmando en la justificación de la sala y en la pericia y energía notorias de nuestro letrado, el Sr. Doctor D. Diego Bahamonde de Lanz, defensor infatigable y ordinariamente victorioso de casi todos los asuntos judiciales que a nuestra comunión política han interesado hasta ahora, manifestábase la seguridad que abrigábamos de que la injusta prisión habia de ser revocada: y nuestra confianza no se ha defraudado, como verán nuestros lectores por el auto que a continuación insertamos:

«Señores de la sala tercera, Gil Sanz.—Guzmán.—L. Ibañez.

Resultando que á consecuencia de varios artículos publicados en el núm. 277 del periódico titulado *El Eco de España*, se instruyó la presente causa, figurando en ella como procesado D. Leoncio Perez Polo, á quien se constituyó en prisión preventiva por haber confesado ser el autor de los sueltos;

Resultando que el juzgado acordó la prisión fundándose en los referidos artículos contenían expresiones ó frases deprecias de la dignidad de S. M. el rey;

Resultando que de dicho auto de prisión solicitó reposición el procesado, la cual fué denegada, interponiéndose en su virtud el recurso de apelación.

Considerando que no aparecen hasta ahora méritos suficientes para estimar que el procesado sea acreedor á pena que exija la prisión preventiva;

VISTO EL ART. 2.º DE LA CONSTITUCION VIGENTE, y lo dispuesto en el real decreto de 16 de Septiembre de 1856:

Se revoca el auto acordado proveído por el juez de primera instancia del distrito del Centro, en 6 de Marzo último: *póngase inmediatamente en libertad á D. Leoncio Perez Polo*, si no se hallase privado de ella por otra causa, espidiéndose al efecto el oportuno mandamiento; y devuélvase al juzgado, con la correspondiente certificación, el testimonio remitido para la sustanciación de la apelación: Los señores arriba citados lo mandaron en Madrid á 20 de Abril de 1871.—Alvaro Gil Sanz.—Federico Guzmán.—Joaquín María López é Ibañez.—Licenciado Joaquín González Fiori.—Santos Gancedo.

—¿Cómo sabeis eso?

—Porque estuve en el palacio del conde.

—¿Vos!

—¿Pensáis que no reclamé? ¡Imagináis que robado, vendido, despojado, no le levante mi voz? ¿Existe alguna razón que me obligue á callar! Tengo derechos y los haré valer. ¿Qué encontráis en esto de sorprendente?

—Nada ciertamente. ¿Y fuisteis á ver al conde?

—Todavía no. El asunto de las cartas turbó mi razón y necesité tiempo para calmarme y reflexionar; quería y no quería; el furor me cegaba y me faltó valor; estuve indeciso.

El ruido que puede causar este pleito me espantaba. Deseo recobrar mi nombre, es cierto; pero al recobrarlo no quiero mancharle, y busco el medio de conciliar los extremos.

—En fin, ¿estáis decidido?

—Sí He necesitado quince días de lucha y de angustias; pero estoy resuelto. He sufrido mucho; desde que encontré esas cartas no estoy en mí.

De vez en cuando Tabaret miraba su reloj.

—En fin, una mañana, continuó Noel, después de una noche de insomnio y desesperación, concluí por resolverme. Me veía en la misma situación que esos jugadores que después de pérdidas considerables arrojan sobre una carta cuanto les queda, y ahogué la voz de mi corazón; mandé por un coche y me presenté en el palacio Commarin.

Tabaret dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Es uno, prosiguió el abogado, de los palacios mejores que hay en el barrio de San German; un verdadero palacio.

La entrada es un hermoso patio á manera de parque, á cuyos lados están las cuadras, las cocheras y los mozos de cuadra.

Hacia el fondo se elevaba la gran fachada majestuosa y severa, con sus numerosas ventanas y su doble escalera de mármol. Detrás está el jardín poblado de árboles seculares.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administración y Redacción de este periódico, calle de la Visitación, 8, cuarto segundo de la izquierda.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, á por medio de los ranzas del Giro postal, ó sellos de correos, y tambien por letras de exacta realización á favor de la Administración; de esta última manera, ó bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones en Ultramar.

En París, D. José Belart y Alfrana, 20, rue Chaptal.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquier clase de giros, se suplica que se verifique por medio carta certificada como medio de evitar toda clase de extravío.

El triunfo de nuestra justicia no ha podido ser mas completo; y ahora habrán podido ver el juez y el promotor la oportunidad de nuestro reanudar del art. 2.º de la Constitución, que ha servido de base á la resolución de la Audiencia.

Nos ha sido tanto mas satisfactorio cuanto que por error (así lo creemos) ó por otro motivo, pareciera haber decidido intento de condenar á presidio (que esto es verdaderamente lo que hoy se llama prisión mayor) por doce años ó poco menos pero nunca menos de seis años y undia á nuestro redactor Perez Polo según se desprende de la calificación de los hechos, como comprendidos en el art. 162 del Código penal, cuya calificación obra en el proceso con fecha 17 al folio 39, y á que ya ayer hemos podido contestar con el siguiente escrito:

«Al juzgado de primera instancia del distrito del Centro.—D. Simon Garrido de Sahagun procurador á nombre de D. Leoncio Perez Polo en la causa que se sigue á este por supuesto delito de *lesa majestad*, digo: que habiéndosenos comunicado la calificación hecha por el ministerio fiscal en cumplimiento del art. 3.º de la ley provisional novísima sobre reforma del procedimiento en los juicios criminales, lo único que conforme al núm. 1.º del art. 5.º tenemos que contestar á dicha calificación, es que *«quedamos enterados»*; y con relación al 2.º, que estamos conformes con las declaraciones de los testigos del sumario, y renunciamos á toda prueba, bastándonos para que en su dia pueda tenerse presente lo que sobre la insuficiencia de los motivos para la formación de esta causa é infracción del art. 2.º de la Constitución, y para la aplicación del 8.º de la misma, pueda desprenderse del auto de la Audiencia de ayer 20 del actual, que manda poner en libertad inmediatamente á mi representante.

En su consecuencia devuelvo la causa á los efectos del art. 9.º y siguientes de la citada ley provisional y

Al juzgado suplico se sirva haber por evacuada la comunicación y proveer y determinar conforme á dicha ley, lo conveniente á la terminación del proceso en justicia que pido, etc.—Madrid 21 de Abril de 1871.—Doctor, Diego Bahamonde de Lanz.—Simon Garrido de Sahagun.

El texto del art. 2.º de la Constitución queda ya manifestado y el 8.º á que nos referimos en el escrito precedente dice así:

«Cuando los motivos en que se haya fundado el auto de prisión se declaren en juicio ilegítimos ó notoriamente insuficientes, la persona que hubiere sido presa, tendrá derecho á reclamar del juez que le haya dictado, una indemnización proporcionada al daño causado (el preso lo ha estado cincuenta días teniendo entre tanto privada de todo recurso á su familia) pero nunca inferior á quinientas pesetas.»

leyendo este artículo, ya puede calcular el señor juez la suma de que puede ser deudor á Perez Polo.

Al dar público testimonio de nuestra gratitud al distinguido jurista Sr. Bahamonde de Lanz, tan conocido ya, entre otras defensas de índole política, por las de *El Siglo*, el manifiesto de donña Isabel II, *El P. Cobos*, las tres causas de *Las Animas*, la apelación ante el Tribunal Supremo entablada por el general Calonge de la resolución del ministerio de la Guerra que le privó de dos grandes cruces militares y demás negocios de que no podemos en este acto hacer memoria, no sabemos por qué felicitarle mas, si por la pericia ó por la fortuna con que ha conducido los asuntos, logrando en unos la absolución libre, en otros el sobrellevar, en otros la admisión de la vía contencioso-administrativa y en todos que no se consume un atentado ni se derrame una lágrima. Ninguno de sus defendidos ha sido hasta ahora penado y el único cuya prisión se ha llegado á decretar, y que lo ha sido Perez Polo, á poco mas del mes se encuentra excarcelado. Servicios son estos que no podrá olvidar el partido moderado, en cuyo obsequio con tanto calor, como acierto y entusiasmo, se emplea el doctor Bahamonde, distrayendo el tiempo que tanto necesita para el despacho de los negocios de su acreditado bufete.

No podemos publicar el informe oral del señor Bahamonde ante la audiencia, en razon de que la

Esta descripción entusiasta disgustaba á Tabaret. ¿Pero cómo traer á Noel al punto que se proponía? Una palabra indiscreta podía despertar sospechas y revelar que el abogado no hablaba con un amigo, sino con un colega de gevrod.

—¿Quién os dió la descripción del palacio? preguntó Tabaret.

—Yo mismo lo visité; desde que me consideré el único heredero de Retheau de Commarin, quise conocer la familia y estudié sus blasones. Es una historia brillante.

Algunas noches me iba con la cabeza calenturienta á contemplar el palacio de mis abuelos. No podía comprender las emociones que experimentaba. En esas espléndidas habitaciones, repetía, vine al mundo, y en ellas debí crecer y educarme y ser el señor.

Y hablando así devoraba todas las amarguras de los condenados.

Comparaba mi vida triste y trabajosa con el destino del bastardo, y la sangre se me subía á la cabeza y la cólera me ahogaba.

A veces deseaba penetrar en el palacio y echar á la calle al intruso; al hijo de la muchacha Gerdy.

Si, yo quería gritar en presencia de todos:

—Fuera de aquí, bastardo. Yo soy el primogénito legítimo; el señor.

Sin embargo, la misma certidumbre que tengo de recobrar mis derechos me contenía.

Hé aquí por qué conozco la residencia de mis abuelos.

Y amo sus cuadros, sus viejas esculturas, sus libros seculares, el pavimento que ha pisado mi madre, y amo el escudo de armas colocado en el frontispicio de la puerta, á pesar de las ideas estúpidas de los niveles-dores.

Esta última frase contradecía de tal modo las doctrinas que habia entonces habia profesado Noel, que Tabaret volvió el rostro para reírse.

—¡Pobre humanidad! decía el viejo entre sí: ¡hele aquí ya un gran señor!

(Se continuará.)

FOLLETIN.

EL DRAMA DE JONCHERE.

(Continuación.)

El agente aficionado comenzaba á comprender.

—Sin embargo, preveo que el conde no cumplió las brillantes promesas que hizo á Mad. Gerdy respecto de vuestra fortuna.

—Con efecto, no las realizó en todas sus partes.

—Pues eso es mucho mas infame todavía.

—No le acuseis, respondió gravemente Noel. Aunque las relaciones del conde duraron largo tiempo, al fin llegó un día en que terminaron.

—Naturalmente. ¡Un gran señor!

—No juzguéis sin oír. M. de Commarin tuvo sus razones. Su querida lo engañaba; lo supo, y rompió justamente indignado. Las diez líneas que antes cité las escribió sobre ese particular.

Noel se dirigió á la mesa y volvió con el papel en la mano, diciendo:

—Ya aquí Mad. Gerdy no es la mujer adorada. Escuchad:

«Un amigo cruel, como lo son los verdaderos amigos, me ha abierto los ojos. Dudé. Os vigilaron y yo tengo duda alguna. Vos, Valeria, á quien he dado mas que mi vida, me engañais y me estais engañando hace tiempo. ¡Desgraciado! Ya no estoy cierto de ser padre de vuestro hijo».

—Pero esa carta, exclamó Tabaret, es una prueba irrecusable. ¿Qué importaría la duda ó la certidumbre de la paternidad á no haber sacrificado el hijo legítimo al bastardo? Si, vos lo habeis dicho; vuestro padre ha sufrido un rudo castigo.

Mad. Gerdy, replicó Noel, trató de justificarse. Escribió al conde y este le devolvió las cartas sin abrir.

Quiso verle y no la recibió. Poco después comprendió que todo habia terminado viendo que el conde le enviaba para mí un título de quince mil francos de renta. El hijo ocupaba mi lugar; la madre me arruinaba.

Dos ó tres golpes dados suavemente en la puerta del despacho interrumpieron á Noel.

Este preguntó: ¿quién?

—Señorito, dijo la criada desde la puerta, la señora quiere hablaros.

Noel permaneció como vacilante.

—Id, hijo mío, no seáis inexorable.

Noel se levantó con visible repugnancia y pasó al cuarto de Mad. Gerdy.

Tabaret quedó solo.

—¡Pobre joven, decía entre sí: qué penoso descubrimiento y cuanto debe sufrir! Tan noble y tan digno es que ni siquiera se le ocurre la menor sospecha.

Afortunadamente yo ve claro, y cuando él se considere muy lejos de la reparación, yo me prometo hacerle justicia.

Ahora un niño puede decir quién es el asesino. ¿Pero cómo se ha realizado el hecho? ¡Si yo tuviera una de esas cartas veinticuatro horas en mi poder! Pero si se la pudo supe su nombre en relaciones con la policía. Vale mas que me apodere de una cualquiera; es cuestión de letra.

Y tomó una carta y se la guardó en el bolsillo.

En este momento volvió el abogado.

Noel era hombre de gran fuerza de voluntad. Sufrimiento no le vendió jamás. El disimulo, esa terrible armadura de los amigos, era una de sus condiciones esenciales.

Cuando volvió á su despacho, su rostro parecia frio y tranquilo, y no podía deducirse lo que habia pasado en su conferencia con Mad. Gerdy.

—Y bien, preguntó Tabaret; ¿qué tal está?

—Bastante mal. Ahora está delirando y me ha diri-

Sala mandó que la vista se verificase á puerta cerrada por el estado de la causa.

PARIS.

Nada digno de especial mención podemos comunicar á nuestros lectores acerca del estado de París, porque en los periódicos franceses no encontramos nuevas que indiquen la inminencia de ningún suceso notable. Es cierto que la lucha entre las tropas del gobierno y los defensores de la *Commune* continúa siendo cada día mas encarnizada y tambien que unos y otros se atribuyen la victoria en todas las refriegas de mas ó menos importancia relativa; pero sobre lo que no cabe duda es que los encuentros se suceden siempre en el mismo terreno por punto general y que ni las tropas consiguen adelantarse en el recinto de la plaza, ni los federales las echan tampoco de ninguna de las posiciones conquistadas en los días de mando del general Vinoy. Unos y otros son franceses y como tales impresionables. Creen que vencen siempre cuando se batan y esto les basta para proclamarse triunfantes.

El fenómeno no es nuevo: durante la guerra contra los alemanes el número de batallas se contaba por el de las derrotas de los ejércitos del imperio, y sin embargo eran incorregibles los diarios franceses en la manía de atribuir la victoria á sus armas; las comunicaciones que publicaban tenían to lo el carácter de leyendas, y esta visto que otro tanto sucede ahora. Verdaderamente es cosa deplorable.

Aparte de esto, el bloqueo de París va siendo real y positivo, según decíamos ayer, como tambien el que una de las razones, acaso la mas principal, que lo han hecho necesario, es el evitar que los bandidos de todas partes que afuyen para alistarse en las filas de la demagogia, penetren en la capital de Francia. Así se consigue disminuir el número de combatientes ahora, y mas tarde los parisenses espermentarán las tristes consecuencias de la falta de provisiones, teniendo que sucumbir por hambre si mientras llega esta dura prueba no son reducidos por la fuerza de las armas.

Entre tanto la esperanza de que pronto se llegará al segundo término de tan tremenda disyuntiva, se robustece en Versalles á medida que los días trascurren, fundada en los elementos que va acumulando el gobierno. Le *Soleil* dice formalmente que sucesos importantes se preparan, que se han hecho movimientos de tropas de consideración, y que el ejército se halla dispuesto para una acción inmediata. Algo habrá indudablemente, pues los prusianos mismos toman precauciones y parece que han concentrado del lado de Argenteuil nada menos que 200.000 hombres, que se encuentran distribuidos entre Pécq y Saint-Denis.

Los parisenses por su parte, si no pueden hacer cuanto desean, al menos dan muestras de los instintos que los animan y tienen la arrogancia de no ceder en sus amenazas. El gobernador de Mont-Valerien en una comunicación que ha dirigido al jefe del poder ejecutivo y al mariscal Mac-Mahon, manifiesta saber que los rebeldes se ocupan en grandes preparativos encaminados á bombardear aquella fortaleza.

Habían entrado en el Trocadero piezas de 24 con carga forzada para que su alcance aumentase todo lo posible, y en la tarde del 16 empezaron los ensayos de esta tentativa insensata. «Las bombas caen siempre, dice, sobre el pobre barrio de Suresne. No contestamos.» No merece otra cosa seguramente el fuego de la artillería parisiense dirigido contra el Mont-Valerien; el día en que se resuelva obrar enérgicamente para acabar con la insurrección, si es que se resuelve, los demagogos sentirán la diferencia, ya que hoy aparentan no comprender el silencio de aquel fuerte formidable. Es de advertir que no dejan de reconocer su inferioridad para el momento de la lucha, pues temiendo ser vencidos en la línea mas avanzada de sus fortificaciones, están aumentando los de Montmartre, cuyo motivo trabajan sin descanso de día y de noche. De aquellas alturas parte su rebelión y será justo que allí termine como conviene para el escarmiento de los parisenses y la regeneración de Francia toda.

Al llegar aquí recibimos los telegramas de Versalles que en su lugar correspondiente reproducimos. Confirman, por confesión de los mismos parisenses, que las tropas ocupan la orilla izquierda del Sena y la posición de Asnières y que el desaliato cree entre los insurrectos, pues muchos de los guardias nacionales en lugar de tomar parte en la lucha con los batallones á que pertenecen, se mantienen quietos en sus casas.

Otro hecho de significación mencionan tambien: el deque el gobierno de Berlín no ha dicho una palabra sobre la reunión de las fuerzas que el gobierno de Versalles acumula, á pesar de las cláusulas terminantes estipuladas en los preliminares de paz que no lo consienten. Y es que no desconocen el estado de las cosas, y sabiendo cuales son ó por lo menos deben ser los deseos del gobierno francés, aspira á que pueda realizarlos lo mas pronto posible. Bajo este concepto la política del imperio alemán responde á las declaraciones del príncipe de Bismark en el parlamento.

CAPITANES DE NAVIO DE PRIMERA CLASE Y BRIGADIERES.

Se dice estos días con todos los visos de certeza que á consecuencia de haberse expedido un decreto por el ministerio de la Guerra, declarando *oficiales generales* á los brigadieres del ejército, concediendo á estos el uso de faja como los generales y la opción á la gran cruz de San Hermenegildo, cumplido el plazo de reglamento, se trataba de hacer extensivo dicho decreto á las clases análogas de la marina.

Esto que parece conveniente en principio, no lo es, atendiendo á la diversidad de circunstancias, á la índole del servicio naval y á otra porción de causas que vamos á enumerar.

Sabido es que uno de los móviles, sino el principal, que guió á los marinos que tomaron parte en la revolución de Setiembre de 1868 fué la ambición y el medio personal, por eso no solo se declaró exenta del servicio á casi toda la clase de generales, sino que tambien se hizo extensiva semejante arbitraria medida á los brigadieres mas antiguos de la escala activa; y para cubrir los altos destinos y mandos del cuerpo se promovieron á once capi-

tanos de navio á brigadieres, eligiendo á los que habían tomado parte en el alzamiento, ya directa, ya indirectamente; y esto se hizo cuando ya estaba en las mientes del ministro de Marina una *simulada* supresión de la espedada clase de brigadieres, como efectivamente se llevó á cabo al poco tiempo, obteniendo todos ellos el ascenso á generales ó contralmirantes, como ahora se denominan y resultando que en ocho meses ascendieron los afortunados revolucionarios y sus adheridos de capitanes de navio á contralmirantes, ó como si dijéramos, de coroneles á mariscales de campo.

Si el plan del ministro de Marina hubiera sido la supresión de la clase de brigadieres, pudiera comprenderse porque en ninguna marina de Europa existe, pasando de capitán de navio á contraalmirante; pero aquí no se trató de eso, sino que incontinenti se creó el empleo de capitanes de navio de primera clase, á la que ascendieron 18 afortunados; á los cuales se les declaró los honores, consideraciones, sueldo y divisas de los antiguos brigadieres; esto es, que en resumen no hubo tal supresión, sino un cambio de nombre.

Se hizo mas, y es que al equipararlos con los brigadieres del ejército, se les concedieron todas las ventajas y derechos de estos, pero no se les impusieron los deberes y obligaciones que pesa sobre esta clase.

Los capitanes de navio de primera clase obtienen y solicitan el retiro del servicio; lo cual no es una simple teoría, sino que se lleva á cabo y hay precedentes establecidos.

Un brigadier de ejército queda de cuartel y solo cobra veinte mil reales anuales. Un capitán de navio de primera clase solicita su retiro y cobra los noventa centésimos, del sueldo de 2.700 escudos que es el que disfruta.

Al brigadier de cuartel, se le fija residencia y está el gobierno en su derecho el cambiarle el cuartel cuando lo tenga por conveniente; el capitán de navio de primera clase que se retira, es el que fija y marca su residencia donde lo tiene por oportuno.

Si ahora se dispone que los antiguos brigadieres y capitanes de navio de primera clase, sean oficiales generales, usen faja y tengan opción á la Gran Cruz de San Hermenegildo; resultarán varios conflictos y dificultades que deben á nuestro entender ventilarse por el Almirantazgo.

En primer lugar, teniendo como tienen los capitanes de navio de primera clase la facultad de retirarse del servicio, si se les declara oficiales generales, resultará que estos pueden retirarse, con lo cual se resuelve una cuestión gravísima, que es el caballo de batalla de los militares hace muchos años, y que el gobierno no se ha atrevido á resolver; dejándola íntegra al Parlamento, al cual se dice que la someterá el general Serrano muy en breve.

En segundo lugar, que si se declaran oficiales generales á los capitanes de navio de primera clase, habrá por precisión que suprimirles el desempeño de varios cargos y destinos, entre otros los de comandante de buque, pues sería inconveniente y hasta ridículo que el capitán de un buque de guerra se presentase con faja y banda, en parangón con los oficiales de las demás naciones marítimas, que tienen la propia graduación, y no usan semejantes divisas ni altas distinciones; los de capitanes de nuestros puertos en la Península y Ultramar, que según el espíritu de la ordenanza naval, son unos meros ayudantes del gobernador militar de la plaza, y otros varios cometidos, en que sus funciones no es decoroso ni digno las ejerza persona constituida en la elevada categoría de oficial general; y en tercer lugar, que si los antiguos brigadieres de la armada pudieran tener cierto derecho á la equiparación con los del ejército, carecen de él absolutamente los capitanes de navio de primera clase, desde el momento mismo que se les facultó para solicitar y obtener su retiro del servicio.

Por todas estas consideraciones, y otras mas que no detallamos, escitamos el celo del almirantazgo y del ministerio de Marina, á fin de que se resuelva con meditación y acierto el asunto de que dejamos hecho mérito.

La *Gaceta* del 11 publicó el acta referente á los puntos negros del ministerio de Gracia y Justicia, ó sea la existencia de una caja llamada de los *ramos especiales*, cuyos importantes productos se estaban manejando en dicho ministerio con independencia del Tesoro, contra lo que previene la ley de administración y contabilidad acordada por esta situación.

A segunda del acta á que nos referimos dictaba el Sr. Ulloa, ministro de Gracia y Justicia, varias disposiciones encaminadas principalmente á que el Tesoro se icautase, como debía estarlo, de los fondos y valores considerables que componían el *nido* de puntos negros, digámoslo así, del ministerio de la Justicia y de la Gracia.

Van pasando algunos días, los bastantes para vislumbrar resultados en un negocio de tal magnitud, y no tenemos noticia de que se hallen cumplidos los mandatos del ministro Sr. Ulloa.

No se nos tachará de impacientes, si hacemos un recuerdo á quien correspondía, para que desaparecieran del ministerio de Gracia y Justicia los puntos á que nos referimos.

¿Es cierto que hace cuatro ó cinco meses que los artistas y empleados del Museo de tapices del Escorial, no cobran sus haberes por no haber capitulado en el presupuesto para estos gastos?

¿Es cierto que las obras de este Museo se han hecho sin autorización, ni expediente, ni proyecto, ni presupuesto ni anuncio, como otras muchas llevadas á cabo y que denunciarnos á su debido tiempo?

¿Se podrá saber por qué se han quitado de sus sitios los cuadros del palacio y salas capitulares del monasterio del Escorial, y cuál ha sido el paradero de tantos tan notables originales como allí se admiraban?

Parece que hace pocos días hallábase el señor Martos en presencia de D. Amadeo, tocó la cuestión de Francia con objeto de conocer su opinión acerca del nombramiento para embajador en París; parece que no le salió bien la cuenta al señor Martos, pues D. Amadeo se contentó con responder al impaciente candidato que era escusado hablar de ello hasta que el Consejo de ministros acordase el referido nombramiento.

Como supondrán nuestros lectores, esta contestación no dejara muy satisfecho que digamos al flamante embajador *in fieri*.

El atrabiliario Sr. Sagasta no pudiendo defenderse ayer tarde de los tremendos ataques que dirigiera al gobierno el Sr. Castelar, procuró ahondar las diferencias que separan á republicanos y carlistas, poniendo de manifiesto los escosos que aseguro se cometen en París contra los curas.

Mal parado quedó S. S. no obstante su melistofelica tarea, cuando el Sr. Orense rechazando sus argumentos, recordó que si en París se atentaba contra la libertad de los eclesiásticos, aquí se atentaba contra su existencia, pues se les dejaba morir de hambre.

Segun la actitud que ayer tarde presentaba el Congreso, cuando el célebre ministro de la Gobernación pedía poco menos que el estermínio de todos los periodistas de oposición, y segun noticias que despues hemos adquirido, parece que una parte considerable de los individuos de la mayoría que conservan un resto de respeto á las sacreadas libertades de la revolución, no ocultan el profundo disgusto que les han causado las frases del Sr. Sagasta, á quien verían con gusto reemplazado en el departamento puesto á su cargo.

Semejante actitud, unida á otras causas ya conocidas, es mas que posible que acelere la solución de la crisis que trabaja al gobierno y que tiene de tan mal humor al general Serrano.

Han vuelto á Madrid las comisiones de catedráticos de la universidad Central que fueron á Mérida para que ante ellos se verificasen los ejercicios de doctorado y licenciatura de las carreras que se estudian en la universidad y sobre cuyo viaje anticipamos algunos datos á nuestros lectores.

Parece que ha sido nombrado embajador de Francia en Madrid el marqués de Bonillé, perteneciente á una ilustre familia de la nación vecina y antiguo legitimista que abandonó la carrera diplomática al derribar la revolución de 1830 el trono de Carlos X.

El nuevo embajador tiene 65 años y dentro de pocos días parece que emprenderá su viaje á España.

Se asegura que ha pasado al Consejo de Estado la cuestión relativa al conflicto surgido por negarse el tribunal Supremo á dar posesión al Sr. Fuente Alcaraz. A la consulta acompaña una comunicación sobre la aplicación de los artículos 96 y 97 de la Constitución.

La cuestión del Sr. Fuente Alcaraz es probable que sea la causa que motive la salida del señor Ulloa del ministerio de Gracia y Justicia, pero no para quedar reducido á simple cesante, sino para ir de embajador á Florencia.

Vase como un desaire produce un cambio ventajoso, pues la embajada de Florencia, (categoría á que parece se va á elevar aquella plenipotencia) ofrece menos molestias y tiene mas condiciones de permanencia que un ministerio que hace días se está bamboleano.

Hé aquí unas cuantas frases pronunciadas por el Sr. Ayala en el último convite dado en Fornos: «No me glorio de haber conspirado, porque las conspiraciones son enfermedades de pueblos degradados, ni tampoco me arrepiento, porque de la revolución han nacido la libertad y una dinastía que hará la felicidad de mi patria.»

Apenas si entendemos lo que quiere decir el ministro de Ultramar en las frases copiadas, pues la segunda parte no se armoniza en manera alguna con la primera.

Lo que si entendemos bien es que el Sr. Ayala es ministro y que cobra seis mil duros de sueldo, por esto la segunda parte del párrafo copiado lo comprendemos perfectamente.

En el mismo convite dijo el Sr. Ayala: La revolución, pues, está hecha: para consolidarla se necesita la unión en una síntesis común de todos los elementos de la mayoría que satisfaga las exigencias de la opinión pública. Sin esto, la sangre del general Prim habrá sido estéril, la conspiración un delito y la revolución un gran escándalo.

Se nos figura que todos los españoles, á excepción de los presumpcionistas, saben ya bien á su costa que la conspiración de 1868 fué un delito y la revolución un gran escándalo.

Ya se ha sabido cuáles eran los dos platos clásicamente españoles que constituyeron la parte principal del almuerzo dado por el Sr. Rivero: los *caños* y los *caracoles*. Parece que ambos platos fueron elegidos teniendo en cuenta las aficiones de algunos de los convidados.

Parece que el Sr. Olózaga hizo ayer una visita á D. Amadeo, que segun se supone no fué agena á la política.

Tambien se dice que los Sres. Ruiz Zorrilla y Martos se hallan enfermos y no pudieron salir de casa. Respecto al último, créese que su enfermedad hará pronto *crisis*, y saldrá de su casa con objeto de hacer las visitas de despedida para Francia en cuanto se verifique su nombramiento de embajador, si es que llega á conseguir este, que es su bello ideal, á despecho del Sr. Rivero.

De nuestro apreciable colega *La Epoca* tomamos las siguientes noticias, completamente conformes en esta parte con las nuestras:

«Nuestros corresponsales de Suiza nos dicen que la infanta Isabel y su esposo continúan al lado de la reina Isabel desde el martes de Semana Santa, siendo esta visita de un gran consuelo para la cariñosa madre. El estado de salud del conde de Girgenti es muy satisfactorio, habiendo desaparecido por completo los ataques nerviosos que ha sufrido y que fueron principalmente originados por los acontecimientos de España de 1868 y la triste impresión que dejó en su espíritu la defección de una parte del ejército, en cuyas filas se batió dignamente. El clima de Botzen le ha sido muy favorable, así como á la infanta Isabel, que está desconocida. Habla correctamente el italiano, el inglés, gracias á la señora de Calderon, y el alemán, siendo su conversación muy agradable y grande el aplomo y buen sentido con que habla y discute los asuntos mas graves, pareciendo imposible tenga solo 20 años.

Pero las desgracias han sido para ella como para el príncipe Alfonso, su tierno hermano, una gran escuela.

La reina Isabel, en medio de sus penas, está muy satisfecha de los progresos del príncipe y de ver á todos

sus hijos reunidos en derredor suyo. Con ellos ha asistido á todas las ceremonias de la Semana Santa, recordando los pocos templos católicos que hay en Ginebra y sus cercanías.

Recordando los días en que lavaba los pies de los pobres y distribuía abundantes limosnas en el pueblo de Madrid, se ha consolado repartiendo sus dones entre los menesterosos y las hermanas de la caridad, las cuales se sorprendían, admiradas de ver caer las piezas de oro en sus modestas mesas de los templos, regaladas por la reina y cada uno de sus tiernos hijos.

Habían llegado tambien á Ginebra el Sr. Rubí, quien regresó en breve al lado de su familia en Bayona, y el Sr. García de Quevedo. Ambos habían pasado el sitio en París.»

En la próxima semana es probable que se discuta en el Senado la contestación al discurso de la corona y en la siguiente es probable que empiece la misma discusión en el Congreso; pues para principios de dicha semana es probable que esté constituida la Cámara popular.

El Sr. Moraita apoyará el voto particular del Sr. Soler respecto al acta del Ferrol; el Sr. Trelles el relativo á Lalin, y el Sr. Lostan la de Fregenal.

Parece que el gobierno anda apurado en busca de oradores que defiendan la contestación del discurso de la corona, así en una Cámara como en otra, y que en ambas flia mas para esta empresa de los moros-fronterizos y sus asimilados, que de sus antiguos y legítimos correligionarios, de los cuales apenas se encuentra uno que quiera prestarse á hacer el papel de druida, ya sea porque la oratoria no sea su fuerte, ya porque el ministerio en general no inspira gran confianza á la tertulia progresista, y muy particularmente desde que vé al general Serrano tan inclinado á sus antiguos amigos los moros fronterizos.

Si del recelo y desconfianza que existe entre las fracciones de la mayoría, necesitásemos una prueba, la tendríamos en ese constante empeño que tienen los ministeriales, así como el gobierno, de recomendar y encomiar hasta las nubes, siempre que hablan, la *unión*, la *unión indisoluble* entre las huestes ministeriales.

Si la *unión* fuera un hecho cierto y sincero, sería practicada lealmente, y no necesitaría de que á todas horas, y por el mas fútil pretexto, se recomendará su necesaria é imprescindible realización.

Bien informado estaba nuestro corresponsal de Manila al decirnos en su última carta que la población en masa de aquella apartada región se hallaba muy disgustada con las medidas adoptadas por la primera autoridad de la isla para el planteamiento de la nueva ley de enseñanza elaborada por el señor Moret.

Efectivamente, por diferentes conductos se han recibido noticias de Manila con algunos detalles acerca de este asunto.

El general Latorre, despedido sin duda por su relevo ha creado con el arreglo impremeditado de la universidad una de las complicaciones mas graves que ha existido nunca entre la metrópoli y la colonia Oceánica. Se ha cometido un verdadero despojo por la junta creada para incautarse de lo universidad de Santo Tomás, que ha dado lugar á enérgicas protestas del provincial de Santo Domingo y del rector de la universidad, que, secundadas por el arzobispo de Manila, por todos los obispos del archipiélago y los provinciales de todas las órdenes religiosas habían obligado á la junta á que se retirase.

A la salida del correo la escitacion era inmensa, había juntas y reuniones para estudiar la situación en que las medidas del general Latorre había colocado al país, y gran número de peninsulares firmaban una exposición al gobierno en contra de aquellas desacertadas providencias, y hacíanse comentarios injuriosos contra el capitán general y el ministro de Ultramar.

La próxima llegada del general Izquierdo no ofrecía garantía alguna, pues las opiniones que títimamente ha profesado ostensiblemente el segundo cabo de Sevilla en Setiembre de 1868, no son de naturaleza á inspirar confianza.

Además la situación en que hoy se encuentra el archipiélago Filipino, ha de dar que pensar á personas de mayores conocimientos de los que pueda poseer el general Izquierdo, que desconoce por completo el carácter y costumbres de los habitantes de aquella región.

¡Ojalá los desaciertos de los improvisados ministros de la revolución, no hagan correr en Filipinas los torrentes de sangre que han cubierto la hoy desgraciada isla de Cuba!

Hé aquí los telegramas extranjeros recibidos ayer en Madrid:

(Gaceta.) Versalles 20 de Abril á las 9 y 20 minutos de la noche. Continúa el fuego contra la puerta de Maillot desde Neuilly, Asnières, Courbevoie y Monte Valeriano. Los comestibles van encareciendo de una manera extraordinaria en París, de donde sale todos los días muchísima gente.

Lisboa 20.—Segun noticias de Berlín, el Parlamento federal se ha ocupado de la cuestión relativa á la condena impuesta en Cabo Verde á un buque alemán cuyo propietario reclama una indemnización.

El comisario federal sostuvo que Portugal tenía que satisfacerla.

El conde de Bismark dijo que Alemania mantendría sus derechos, añadiendo que resolvería dicho asunto.

Londres 20 (á las cinco y treinta minutos de la tarde).—Segun las últimas noticias de París, el jefe de los insurrectos Dombrowski ha publicado una allocucion diciendo que los rebeldes despues de una lucha sangrienta recuperaron sus posiciones de Asnières; pero añade que la conservación de la orilla septentrional del Sena, en la cual está situado dicho pueblo, no les es necesaria.

Hoy se han cotizado: El consolidado inglés, á 93 1/4. El 3 por 100 francés, á 51 1/4. El 3 por 100 español, á 31 7/8.

(Agencia Fabra.) Versalles 21 (9 y 40 mañana).—Las tropas se han apoderado ayer de algunas casas y barricadas de Neuilly, cogiendo varios cañones, de los cuales uno ha sido traído á Versalles y presentado á Thiers, quien ha felicitado á las tropas.

Han llegado tambien numerosos prisioneros. A pesar de las condiciones estipuladas en los preliminares de paz, el gobierno prusiano no ha hecho objeción alguna á la reunión de tropas para atacar la insurrección.

Ha pedido únicamente que se le dé cuenta diaria del número de soldados que lleguen á Versalles.

Versalles 21 (10 y 45 mañana).—Las relaciones militares que publica el *Diario oficial* de París, confiesan al fin que las tropas de Versalles ocupan la orilla izquierda del Sena y Asnières.

Personas procedentes de París afirman que la mayor parte de los nacionales que forman los batallones de marcha permanecen en sus casas.

Los batallones que han salido esta mañana no llegan á 400 plazas.

El municipio de París ha renovado la comisión ejecutiva que ha quedado constituida así:

Cluseret, Guerra; Jourde, Hacienda; Vinard, Subsidencias; Groussset, Negocios extranjeros; Franckel, Trabajos y cambio; Prutot, Justicia; Andrien, Servicios públicos; Vaillant, Instrucción pública; Rigault, Seguridad general.

Los periódicos la *Opinion Nacional* y el *Bien Público* continúan publicándose, á pesar de haber sido prohibidos por el municipio.

Versalles 21 (á las tres de la tarde).—El periódico la *Verdad* dice que sabe de una manera cierta que el municipio llamará á las armas á todos los hombres solteros y casados hasta la edad de 55 años.

Los periódicos de París manifiestan que se espera un ataque decisivo.

Es inminente el asalto. Todos los batallones federales han recibido la orden de estar dispuestos para ponerse en marcha.

Carece de fundamento la noticia telegráfica comunicada por un periódico italiano, de que se trata de la retrocesión de Mulhouse en las negociaciones de la paz definitiva con Prusia.

CORTES.

CONGRESO.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 21 de Abril de 1871.

PRESIDENCIA DEL SR. OLÓZAGA.

Abierta á las dos y cuarto, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

A petición del Sr. Reig se leyeron los artículos 20, 21 y 25 del reglamento.

El Sr. MQUEL Y BASOLS: He pedido la palabra para decir que no se encuentra ni nombre entre los de la minoría en la votación que recayó sobre el acta de Daroca, y deseo que conste que voté con la minoría.

El Congreso quedó enterado de una comunicación que pasaba el Senado anunciándole haberse constituido en el día de ayer.

Quedó igualmente enterado de que los Sres. Mantilla, Merelo y Ródenas escusaban su asistencia por falta de salud.

Pasaron á la comisión de actos varios documentos remitidos por el Sr. Martínez Izquierdo.

El Congreso quedó enterado de una comunicación del señor ministro de Estado anunciando haber admitido á D. Adolfo Patxot la dimisión del cargo de representante de España en China, por considerarlo incompatible con el de diputado.

Pasaron á la comisión de actos varios documentos presentados por el Sr. Miranda, referentes á las del distrito de Belmonte.

ÓRDEN DEL DÍA.

Acta de Balaguer.

Continuando esta discusión, dijo El Sr. PRESIDENTE: Hay varios señores que tienen pedida la palabra para alusiones personales, á los que ruego que sean lo mas concisos posible, á fin de no estraviar el debate.

El Sr. GOMIS: Pedí la palabra cuando el Sr. Castelar quiso dar á entender que las autoridades de Tarragona habían ejercido coacciones y cometido abusos, en lo cual está S. S. completamente equivocado. Allí ha habido entera libertad, y lo único que ocurrió fué que el primer día de elección algunos diputados provinciales publicaron una hoja que se consideró subversiva; se dictó auto de prisión que se sigue causa y mientras no recaiga fallo no se puede decir si son ó no culpables.

Habló igualmente S. S. de sucesos en Reus y Valls; y como soy tambien diputado por Lérida, me propongo cuando se discutan esas actas hacer constar que los cargos que se dirigen á esas autoridades son tan infundados como los que se han lanzado contra las de Tarragona.

El Sr. MUÑIZ: Como el Sr. Castelar se ha permitido ayer calificar de una manera inusitada á la Milicia nacional, de que tengo la honra de formar parte, debo protestar contra la calificación de voluntarios realistas. Los milicianos son patriotas defensores de la libertad, fieles guardadores de las tradiciones de los del 7 de Julio y de los que durante la guerra civil han expuesto su pecho á las balas y mantenido en todas partes los acuerdos de las Cortes. Esto no se parece en nada absolutamente á los voluntarios realistas.

El Sr. MIGUEL Y DEHESA: Un suceso que desgraciadamente es muy común, ha venido á convertirse en un arma poco noble para lastimar la honra del partido liberal monárquico del distrito de Egea de los Caballeros, que tengo la honra de representar. Sentimiento me causa el ocuparme de esto; pero el callar ya sería indignidad, falta de valor, y hasta no tener sangre española. No será mía la culpa si en estos momentos me voy precisado á decir lo que he llamado; pero se me ha provocado hasta tres veces; se trata de la honra del distrito de Egea de los Caballeros, y la honra de mi distrito es la mia. Se me ha lanzado tres veces el guante; si prudencia ha sido no recogerlo en las dos primeras, cobardía sería en la tercera. El Sr. Orense presentó como un abuso electoral el asesinato cometido en la persona del señor Candalicho, que ninguna relación tiene con los electores de Cinco Villas; sin embargo, no quise distraer la atención del Congreso, porque desde luego creí que el señor marqués habló con la seguridad de que esto no tenía relación con las elecciones, y lo hacían solo por pronunciar un discurso de política general.

Posteriormente otro señor diputado recordó tambien el mismo asesinato, y siguiendo yo en mi plan de silencio y dando oídos á los consejos de mis amigos, callé tambien. Pero hoy, señores, se me provoca por tercera vez, y tengo que decir lo que pensaba haber callado.

Hará un año ó poco mas que en el terreno de la villa de Sos se dió muerte á uno de los propietarios mas honrados y ricos de Aragón. A este hecho precedió el incendio de una magnífica casa de campo y la corta de muchos miles de árboles; casa y árboles que estaban enclavados en una dehesa del asesinato. ¿Quién cometió estos crímenes? No lo sé á punto fijo; pero la opinión pública acusa á los republicanos del distrito de Sos, llevadores de ciertos terrenos que están enclavados en la dehesa del Sr. B. n, que es el asesinado.

El Sr. PRESIDENTE: Señor diputado, desearia que se ciese á la alusión, porque la suya va siendo fecunda en otras.

El Sr. MIGUEL Y DEHESA: Para concluir diré que en mi sentir dejó probado que la elección de Cinco Villas no se ha amasado con sangre; que el acta no ha venido aquí con sangre; que no pudieran venir tampoco manchada en sangre las manos del que la trajo; que estas manos no la han derramado nunca; pero que están dispuestas á derramarla siempre que sea preciso para salvar su honra y la del distrito, y nunca para preparar una elección que no le deje venir aquí con la dignidad, con el decoro, con la honra y con la justicia debida.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Figueras tiene pedida

la palabra para una alusión, pero no se que haya sido aludido personalmente.

El Sr. FIGUERAS: Se me hizo una alusión directa, nominal, por el Sr. Sagasta.

El señor ministro de la GOBERNACION: Aludió, en efecto, al Sr. Figueras con motivo de una interrupción.

El Sr. FIGUERAS: Empezaré por rectificar lo que acaba de manifestar el señor ministro. No solo no interrumpí a S. S., sino que impedi que se le interrumpiera; al ver tan elevado al Sr. Sagasta, dije: no interrumpir la vena oratoria del señor ministro de la Gobernación. La alusión fué porque habiendo empezado un período dirigido al Sr. Castelar, y no sabiendo cómo redondearlo, vino a terminarlo en mí.

No pensaba tener que contestar mas á la alusión que ayer se me ha dirigido. Ciertamente que condené la tentativa de asesinato contra don Isabel de Borbon, y á poco de haber contestado cumplidamente á la alusión que por esto se me habia dirigido, quiso Dios desgraciadamente que tuviera que venir aquí á protestar contra otro asesinato, y dije entonces: antes me echabais en cara mi primera protesta, sin considerar que habia sido de los que habian votado en las Constituyentes del 54 contra aquella dinastía; pero ejecuté luego un acto honrado, como ahora hago lo mismo. Volver hoy á esto, indica una perversion del sentido moral, siquiera sea pasajera. Nosotros no buscamos aura popular, ni nos arredran las ingratitudes, siguiendo á pesar de ellas firmes en nuestro puesto, de lo cual tenemos ejemplos en el partido progresista. ¿Quién ha recogido mas ingratitudes que el ilustre duque de la Victoria, y sin embargo sigue siendo progresista!

Nos habia tambien el señor ministro de la Gobernación de lo que sucede en París; y yo le preguntaría si se atreve á aprobar la ley de ayuntamientos hecha en Versalles. ¿Qué extraño es que los republicanos....

El Sr. PRESIDENTE: Ruego á S. S. que no entre en cuestiones que nada tienen que ver con lo que se discute.

El Sr. FIGUERAS: Necesito contestar á una alusión dirigida en masa á la minoría. Si S. S. me permite, concluiré en menos de cinco minutos; si no, pediré la palabra contra otra acta y haré un discurso mas largo. Decía el señor ministro que la *Commune* habia anatematizado á Pavre y demás republicanos del gobierno provisional, y que aquí nos esperaba un desengaño igual; y yo debo manifestar que las medidas de Versalles demuestran que han sido cautos y previsores los de París oponiéndose a que los arrancaran las armas de la mano, y que si nosotros imitásemos la conducta de los de Versalles, formulando leyes como las que ellos han hecho, estarían en su lugar despreciados.

Hay mas obligaciones en el hombre público de velar en el poder por los principios que sustentan, que en la oposición, y los republicanos de París hacen bien en despreciar á los que así habian abandonado sus principios. No es verdad que los de París hayan hecho lo que se dice.

Véase el *Diario de Barcelona*, que se distingue por sus correspondencias inveraces en contra de los republicanos de París, y se lea en el del 19 del actual que no se ha cometido ni un robo, ni un asesinato, y que las gentes pasean tranquilamente por la ciudad. El problema, pues, está planteado: ¿con la república en París, ¿con la monarquía en Versalles, los republicanos en París están con alma y vida.

El Sr. SOLER (D. Juan Pablo): Dos palabras. El señor Miguel ha acusado de asesinos á los republicanos de Sosa en nombre de la opinión pública; y en nombre de esa misma opinión debo yo desmentirlo, diciendo que se han portado como buenos, y hecho sacrificios que no han verificado los monárquicos.

Lo que ha sucedido en esto ha sido que el Sr. Candaluche captañaba las huestes republicanas, y dirigiéndose á determinado punto para trabajar en las elecciones, salieron de un barrío diez ó doce asesinos y le mataron á él y á su hermano, y no solo los asesinaron, sino que los quemaron. No se diga, pues, que no ha sido con motivo de la cuestión electoral.

El Sr. BLANCO: Unas palabras del Sr. Miguel me obligan á molestar al Congreso. Hace tiempo que se ha establecido la moda de echar sobre los federales todos los crímenes; y si estamos dispuestos al martirio, no lo estamos á sufrir esas injustas imputaciones. Ya el señor Soler ha defendido á los republicanos de Zaragoza, y yo defenderé á los del mundo entero. Si el Sr. Miguel tiene sangre española para lanzar esas calumnias, nosotros la tenemos para rechazarlas...

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Soler ha hecho ya la defensa que se proponía, y no veo motivo para que su señoría insista en lo mismo.

El Sr. BLANCO: Respeto la observación de S. S.; pero amante de la igualdad, debo recordarle la tolerancia que ha tenido con otros, y no quisiera ser menos; pero concluire. Dice el Sr. Miguel que en Huesca se sabia todo lo ocurrido respecto á la muerte del Sr. Candaluche. Yo estaba en Huesca y puedo decir que á nadie se le ocurrió mas que llorar la muerte de un hombre que habia sabido arrostrar grandes peligros por la causa de la libertad.

El Sr. SANCHEZ RUANO: Recordar á algunos señores diputados de las Cortes Constituyentes que pertenecen hoy al Congreso, que siempre que se nombraba alguna provincia, hacia que alguno pidiera inmediatamente la palabra, y no se daba ocasión en que se nombrase la Corona sin que un amigo nuestro progresista se levantara á darse por aludido. Pero ahora hemos adelantado mas: las alusiones son por no haber nombrado las provincias, las personas ni los distritos. Ignoro en qué artículo del Reglamento, en qué práctica parlamentaria se podrá apoyar esta costumbre por alusiones cuando no se ha nombrado provincia, persona ni distrito. (Un señor diputado: Alusión por omisión). Indudablemente está alusión por omisión, que tiene doble mérito.

Un diputado que dice serlo por la provincia de Salamanca, con la particularidad de que nadie conocemos diputados por la provincia de Salamanca, porque no existen, se ha levantado á decir que el señor ministro de la Gobernación en su discurso de ayer leyó una lista larga, y que habia omitido sin embargo algunos escosos connotados por motivos electorales, y que él sin duda por encargo especial, y para que conste en la historia futura, tenia que rogarme que anadiere un asesinato cometido en Salamanca. No se refiere á la capital que tiene este nombre, ó á la provincia.

Yo puedo asegurar al señor diputado que habló de esta manera, que no tengo conocimiento que se haya cometido en Salamanca ningún asesinato con motivo de las elecciones; que no tengo noticia que se hayan cometido escosos en toda la provincia con motivo de las elecciones, sino muy graves, escandalosos, y uno verdaderamente gravísimo, por los carlistas.

El Sr. ALVAREDA: Ayer á las dos y cuarto se empezó á discutir el acta de Balaguer. ¿Sabeis cuál es esa acta? ¿Sabeis cual es el candidato? ¿Sabeis cuáles son los vicios ó defectos que se atribuyen á esas elecciones? Es verdad que el debate tomó grandes proporciones políticas, y que el señor ministro de la Gobernación contestó al Sr. Castelar de una manera enérgica y contundente; pero son tantas las ideas y apreciaciones que espuso el Sr. Castelar, que aun cuando la réplica del señor ministro fué completa, algo ha de haber quedado de que pueda yo ocuparme, así como individuo de la comisión, que como miembro de esta mayoría.

Todos los que se estiman en algo, tienen el convencimiento de que sus palabras merecen entero crédito; y

yo, que me estimo, abrigo tambien esas creencias y me considero con el derecho de que se reconozca que discuto guardando la forma conveniente, y que tengo la paciencia mas cristiana para escuchar á mis adversarios.

Convenio en que ciertas interrupciones son inevitables en estos cuerpos deliberantes; pero cuando se repiten con demasiada frecuencia y en cierta forma, suelen tender al menoscabo de su prestigio. Por eso deseo que las discusiones entre en su cauce natural; y si digo algo que moleste á los señores republicanos, ruego que consideren que el elemento preponderante en la forma de gobierno que apetezen son las Asambleas, que es preciso enaltecer; así como esos otros señores que se sientan enfrente (los carlistas) y que han protestado ayer en términos tan enérgicos, deben recordar que los enemigos de la Iglesia se han aprovechado mucho de los escándalos que se han visto en los Concilios ecuménicos.

Hecha esta advertencia, voy á ver si puedo tocar los puntos culminantes del discurso de mi elocuente amigo el Sr. Castelar. Yo respeto la opinión de S. S., como creo que S. S. respeta la mía; y sin entrar á juzgar si con pretexto de un acta podía hacer las consideraciones que hizo, sostengo por lo menos que la falta de razón moral y pleno conocimiento de causa para atacar el resultado de la composición final de esta Asamblea. Por mi parte creo que en la historia de la nación española no se presentado hasta ahora una Asamblea donde mejor esté dibujado el estado del país. ¿Quién podía esperar los federales verse en una Cámara como se ven en esta desplegado su bandera, ni cuando podían esperar los absolutistas que ibamos á dar este asombroso y consolador ejemplo á la Europa, y no visto jamás?

El Sr. ALVAREDA: La monarquía inglesa es extranjera, ó arranca de las costumbres del pueblo inglés.

Felipe el Hermoso, Carlos I y Felipe V, ¿no eran extranjeros?

¿Sabe S. S. dónde se busca el criterio para juzgar si las instituciones son extranjeras ó no? En la indeleble de las mismas instituciones.

Pues bien; examinado el punto con este criterio, que es el verdadero, ¿quienes son aquí los que buscan y anhelan el triunfo de instituciones extranjeras? Los federales rojos se alegraron de ver triunfar la *Commune*; los republicanos moderados esperan el de la república unitaria con M. Thiers, los moderados monárquicos, á su vez, aguardan á ver si triunfa un gobierno que nos prometa la restauración de sus principios. Nosotros no pensamos en lo que ha de pasar allí; vosotros todo lo esperáis de fuera y de nuestras divisiones. ¡Ah, señores! esperamos que nos separemos nosotros para obtener la victoria; no nos separaremos: no faltarian en todo caso voces mas elocuentes que la mía que os dijeran: mirad esas cuatro letras escritas delante de nosotros. Ese á quien lloraremos eternamente, pronunció en cierta ocasión palabras que deben estar grabadas en la memoria de todos: ese malogrado patriota dijo: el papel en que están escritas las diferencias de los partidos, sirvió de tapan para cargar los cañones de Alcolea.

Pues bien, señores diputados de la mayoría; yo os digo que para que la sangre de ese verdadero mártir de la libertad y de la honra de la patria sea fructífera, no olvidéis aquellas palabras. Organizad señores un país en que nuestros enemigos de uno y otro lado puedan vivir y discutir tambien; porque si los dejamos solos, correrán la infausta suerte de destruírse los unos á los otros.

El Sr. ORENSE: Valor se necesita para decir, como ha dicho el señor ministro de la Gobernación, que nunca se han visto elecciones mas libres. Señores, nunca, jamás se han cometido coacciones tan graves. Vuelvo á repetir que mientras el gobierno intervenga en las elecciones no puede haber libertad electoral. A los gobernadores se les ha dicho: gane Vd. las elecciones de todos modos: tenga Vd. energía para ganarlas.

Dice el Sr. Sagasta con una frescura que le envidio, que el gobierno no ha tenido candidaturas oficiales. ¿Pues no se ha ido por todas las provincias diciendo: este quiere, este no quiere el Sr. Sagasta?

El Sr. Sagasta nos ha leído una letanía de violencias y escándalos, y dice que los autores han sido los republicanos.

Señores, si la emperatriz de la China llega á malparir, y en ello tienen interés los progresistas, dirán que ha sido por culpa de los republicanos. Yo no sé con esa frescura cómo no engorda S. S.

El Sr. PRESIDENTE: Recuerda V. S. que está respondiendo á una alusión personal, y que hay otros señores que tienen pedida la palabra para la discusión del acta.

El Sr. ORENSE: Tiene razon S. S. Lo que sobre todo he extrañado oír al señor ministro de la Gobernación, es que todavía son pocos los escritores que están en la cárcel; de manera que si de S. S. dependiera llevaria á la cárcel á toda la nación.

El Sr. PRESIDENTE: No alusión á V. S.

El Sr. ORENSE: Se trataba de la libertad de imprenta; pero como no me faltarian ocasiones de examinar lo que hemos hecho en estos dos años, que ojalá no hubieran posado, porque se ha hecho una revolución: de quitarte tú para ponerme yo, y para traernos un muñeco para gobernar, dejó por ahora de usar de la palabra.

El Sr. CASTELAR: Debo recordar los extremos de esta discusión. El Sr. Muñoz ha defendido á la Milicia nacional de la calificación de voluntarios realistas que yo le he dado. Habia una Milicia de todos los partidos liberales, y de ella han salido los que no han querido prestar juramento al rey, quedando solo los que han jurado defenderle. Pues bien; yo, cuando me llaman republicano, no me ofendo; ¡por qué se han de ofender esos señores si les llamo voluntarios realistas? Les llamaré, si quieren, realistas voluntarios.

Difícil al Sr. Rodríguez que tampoco he atacado á la Tertulia progresista: la he llamado poder y concilio.

El señor ministro de la Gobernación dice que yo hablo ahora mucho, y no hablaba tanto durante la antigua dinastía. El proceso de mi periódico, la pérdida de la cátedra, una sentencia de muerte y dos años de emigración indican que algo hablé. Pero si no he hecho nada, tampoco he recibido nada: otros habrán hecho mucho, y se han llenado de destinos, honores, cruces, y están convertidos en nuevos Gutibambas, descendientes de D. Rodrigo.

Señores, yo creo en efecto que ha de costar mucho fundar la república; pero de quien yo desconfiaba en la emigración, era de los amigos de S. S. Decía: hemos tenido una democracia perseguida; ahora vamos á tener algo peor: una democracia falsificada. Cuando he visto los estados de sitio, los escritores en la cárcel, la Constitución hollada, he dicho: me alegro de no haber contribuído á la revolución.

Desde el día en que votásemos una solución determinada, soy enemigo de esta dinastía, como lo era de la otra.

Decía el señor ministro que en las antiguas elecciones no habia desórdenes porque no habia republicanos. Cuando vosotros érais mas realistas de Isabel II que los de Amadeo, 21 republicanos protestaron en este reciento. Después Sixto Cámara, mártir de su fe republicana, murió en Badajoz como todos sabéis. Después el Sr. Sagasta, ¿no vió los republicanos en la emigración? Donde no los ve es en los destinos públicos y en el presupuesto.

La manera de argumentar de S. S. me pasa por lo sencilla. Decía yo: el ministerio ha declarado que no se dejaría reemplazar por otro; y dice S. S.: «nosotros di-

mos que no cederíamos el poder á la anarquía; y como la anarquía viene de las oposiciones, no le entregáramos á las oposiciones; y como las oposiciones habian de venir de los comicios, resulta que el actual gobierno no habia de dejarse sustituir por nadie; porque hay que advertir que á este gobierno todo lo que no es él le parece anarquía.

Supone S. S. que no he dicho nada contra las actas. Se ha abusado de la fuerza pública; no se han repartido cédulas; hay perturbaciones y escándalos, y no he dicho nada. Sin duda cree S. S. que para haber habido algo era preciso haber condenado á muerte á toda la oposición.

Señores, ¡un periodista diciendo que todavía no hay bastantes escritores en las cárceles! ¿Todavía quiere su señoría echar mas carne á la voracidad de jueces arbitrarios? Es muy fácil llamarse liberales, tocar el himno de Riego, ir á la Tertulia; lo difícil es estar en el poder y sufrir las injusticias de la opinión.

El Sr. ALVAREDA es persona elocuente y dignísima, pero S. S. como el Sr. Romero Robledo, tiene una filiación mas conservadora que el resto de la mayoría. Yo aplaudo sus progresos; pero es extraño que aquí no tengan voz entre la mayoría mas que los elementos conservadores.

Habla S. S. de la suspensión de las leyes en Washington: allí las suspendieron los mas contra los menos: aquí sucede lo contrario. En cuanto á la guerra del Soudan, después del adelantamiento de la democracia al poder todos gozan por completo de sus derechos.

Pregunta el Sr. ALVAREDA: Felipe el Hermoso y Carlos V ¿eran extranjeros? Venían á España en virtud de leyes españolas; y además, la venida de la casa de Austria nos costó una sangrienta guerra, y otra sufrimos al adelantamiento de la dinastía de Borbon.

Yo estoy dispuesto á exaltar hasta el delirio, hasta el fanatismo el sentimiento de nacionalidad. En las circunstancias en que nos encontramos, ese sentimiento es el único que puede salvarnos de las catástrofes de que otros países han sido víctimas.

El Sr. ALVAREDA: El Sr. Castelar ha dicho que yo vengo de procedencia conservadora. Ya lo oís, señores, nada tengo que rectificar á esto.

Ha hablado S. S. de los Estados Unidos. Tampoco rectificaré sobre eso; pero recordaré una cosa. ¿Le pareció bien á S. S. la libertad que respaldaba en la convocatoria electoral de M. Gambetta? Cuando yo la leí, me acordé de aquel quinto que le leyeron la ordenanza y exclamó: aquí se vive de milagro. Pues casi se necesitaba un milagro para que un candidato de oposición saliese diputado con esa circular.

El Sr. Castelar ha hecho lo que cierto ministro que habló de la constitución interna del país para defender las infracciones de la de 1845. Sr. Castelar, para sostener teorías de esa especie respecto de nacionalidad se va á los bancos carlistas. Si S. S. sigue por ese camino va á enfermar del pecho y se lo va á oír sin darle importancia; cosas ambas que yo sentiré infinitamente.

El señor ministro de la GOBERNACION: Se necesita gran calma para oír lo que los señores de enfrente se han permitido decir, demostrando que no les lleva otra mira que la del escándalo.

El gobierno ha oído con impasibilidad las últimas palabras del señor marqués de Albaída; y aunque su señoría tiene cosas, hay cosas que aunque sean de su señoría no se pueden permitir, á no ser que sean tomadas como de un loco ó de un faccioso. (Murmillos). Los que murmuren no han oído las palabras que ha pronunciado el señor marqués de Albaída, el cual ha hablado de coronar la revolución con un muñeco extranjero. Eso digo que no lo puede decir sino un loco ó un faccioso. Si S. S. está loco, que lo encierren en Leganés; y si es faccioso, debe salir de aquí.

Por lo demás que ha dicho S. S. no debo hacerme cargo; son cosas del señor marqués de Albaída.

Pero el Sr. Castelar se ha permitido tambien ir por un camino por donde no debia. Ya que ha recordado que estuvo en la emigración, y ha dicho que no vino á la revolución porque desconfiaba de mí y de mis amigos, debo decir lo que pasó.

Rectificaré antes un error. S. S. dice que yo le he hecho cargo de no haber hablado contra la dinastía pasada. Dije que S. S. ahora hablaba mucho porque no hay peligro en hablar; pero que para hacer cosas que ofrecían mas peligro no tenia la misma energía que ha manifestado ahora; y añadia yo: bueno fuera que S. S. hubiera tenido esa constancia en la emigración.

A eso dice S. S. que yo vino á la revolución porque desconfiaba de mí y de mi partido; y esto no es exacto.

S. S. no vino á la revolución porque desconfiaba del pueblo, á quien creia impotente y degradado.

Yo he conocido republicanos que querian ante todo la destrucción de lo entonces existente, pero sometiendo á lo que después decidiese el país. El mismo señor Orense así lo ofreció, aunque luego, cuando el gobierno estaba establecido y no habia peligro, á través los Pirineos y vino muy tranquilo del extranjero con la bandera de la república federal, planta desconocida hasta entonces en este país. De modo que los republicanos que yo conocí en París, y los de aquí que se cubrían con el nombre de demócratas, prometieron someterse á lo que el país decidiese.

El Congreso recordará que una gran mayoría de la Asamblea francesa desaprobó la ley tal como la habia presentado el gobierno, pero habiendo este hecho presente la necesidad de restablecer el orden y de dar vigor y fuerza á la autoridad en un país tan perturbado, aquellos dignos representantes se revotaron, y dieron al gobierno los medios que pedía. Pues bien, precisamente cuando eso hace la Asamblea, se supone que los escosos de París tienen por causa esa votación tan posterior.

Después de esto, apenas habia que extrañar lo que aquí ha pasado. Y a propósito de esto solo diré al señor Vildósola, que en nombre de los carlistas ha abogado por la union con los republicanos, que la razon filosófica de los clubs, unida con la fe religiosa, me parece imposible: razon filosófica deben tener los demagogos de París, y fe católica tenían los sacerdotes parisienses, y el Congreso sabe la armonía que entre unos y otros reinará: unos, pues, republicanos y carlistas, que pronto encontráreis vuestro merecido.

Al Sr. Orense, que pedía el dato, ya no le gusta, y exclama: «Si el gobierno fuera republicano, habria su cedido lo contrario.» ¡Vaya una defensa que hace su señoría de su sistema!

Es decir, que tenemos un plebiscito que arroja una proporción de uno á ocho de la república á la monarquía.

Pero dice S. S.: «Es que es un plebiscito hecho por un gobierno monárquico.» Cuando se trata de un plebiscito, ha de haber algun gobierno. ¿Me lo admitirá S. S.?

El Sr. ORENSE: No lo hay ahora.

El señor ministro de la GOBERNACION: ¿No lo hay? Pues entonces el plebiscito tiene su valor.

Yo creo que hay gobierno; pero según el marqués de Albaída, para que el plebiscito fuera verdad, seria necesario el procedimiento siguiente: Se vota bajo un gobierno monárquico y se obtiene un resultado. Se pone en seguida un gobierno republicano; se vota después, y se obtiene otro resultado distinto. Se suman en seguida los dos resultados y se toma el término medio. ¡Bonito procedimiento electoral, propio del señor marqués de Albaída!

Vamos á ver el resultado de la monarquía constitucional, comparada con la absoluta: Ha tenido la monarquía constitu-

nal.....	1.900.000 votos.
La absoluta.....	450.000
Relación: 1 por 5. En España, por de pronto, hay mas carlistas que republicanos, pues han votado por la monarquía absoluta 100.000 mas que por la república.	
Otro punto de vista de la estadística electoral; y adviértase que en ella llamo á los federales liberales.	
Votos liberales.....	2.250.000
Idem absolutistas.....	450.000
Relación: 1 por 6.	

Pues bien, vosotros que creéis que las elecciones habian dado resultado tan desastroso para el gobierno, considerad su situación frente á la república, y vereis la república en inmensa minoría; consideradla frente á los carlistas, y hallareis á estos tambien en gran minoría; consideradla frente á los moderados, y el número de estos es microscópico; y todos los partidos de la coalición unidos, agregando si quereis los despechados y los descontentos, quedan por debajo de los monárquicos liberales de la situación en la considerable cifra de mas de 700.000 votos.

Ha venido una minoría numerosa á estas Cortes; pero señores, ¿sabeis por qué antes los Congresos eran casi unánimes y hoy tenemos una minoría tan fuerte? Porque hemos entrado en el verdadero camino de la libertad. Pero no es una minoría que debe asustarnos: lo que importa es que esos señores sepan ser minoría, españoles antes que hombres de partido. ¿Qué nos puede importar una minoría de 100 votos para 200 de mayoría? A veces en Inglaterra y en Bélgica se ha gobernado solo con una mayoría de dos votos.

Señores, van ya pasadas mas de 200 actas en que se ha hablado mucho de violencias y atropellos, pero sin concretar ni demostrar nada. Consultando uno por uno á los elegidos, todos confiesan que la autoridad no ha puesto ningún obstáculo á las elecciones, lo que prueba mas que todo la libertad del sufragio.

Señores, voy á concluir; la minoría es grande; pero de la mayoría depende la suerte del país. Tiene una altísima misión: ella puede afirmar la paz en este país: ella puede hacer que la guerra estalle; si un día se produjera una escisión que diera el triunfo á las oposiciones; porque el triunfo de las oposiciones seria el caos primero, y después la guerra civil. La mayoría, pues, tiene la misión mas grande que ha tenido nunca mayoría alguna, la misión de la paz. (Aplausos.)

El Sr. ORENSE: S. S. se ha visto tan perdido en esta discusión, que ha tenido que irse á París, y mas parecia ministro de M. Thiers que ministro español. S. S. tiene amigos y adoradores: si la peste diera empleos, los tendria tambien; pero sepa el Sr. Sagasta que es el ministro mas aborrecido. S. S. no tiene idea ninguna de la legalidad.

En Inglaterra todo ciudadano puede pensar lo que quiera y escribir lo que piensa. Esa es la libertad; no hay delitos de imprenta.

Hay delitos artificiales que crean los malos gobiernos, y esos hay que distinguirlos de los que son delitos en todas partes.

S. S. está muy ufano con lo que hizo en 1867 en la emigración, y S. S. no hizo mas que esconderse en Perpiñan cuando debia entrar en España el general Prim. Durante la emigración, lo que hubo fué una junta á la cual no asistió S. S., y en ella se acordó que se votaria por plebiscito si habria monarquía ó república. ¿Ha habido ese plebiscito? No; pues en esto, como en otras muchas cosas, se ha falseado la voluntad nacional.

Dice el Sr. Sagasta que está dispuesto á dejar el poder, pero quiere dejárselo á hombres que no sean anárquicos.

Pues á S. S. le sucede lo que á Bertoldo; quiere ahorcarse, pero no encuentra árbol á propósito; y sin embargo, el día que S. S. dejara el poder se respiraria en toda España.

Que quiere S. S. la libertad, bueno; pero la libertad á su modo; no la libertad bien entendida como la entiende la *Commune* de París, que está batiéndose hace un mes contra un gobierno tiránico. Vea S. S. si tiene allí fuerza en la opinión.

No quiero continuar, porque no me dejaría el señor presidente; pero terminará diciendo al Sr. Sagasta que le agradezco el viaje que dice que hará á Leganés, que creo que á S. S. le habrá que llevarle á Zaragoza antes que á nadie.

El señor ministro de la GOBERNACION: Voy á refrescar la memoria del señor marqués de Albaída, advirtiéndole que del plebiscito no se habló hasta que la revolución estuvo triunfante; entonces le quisimos nosotros, y los republicanos dijeron que era preferible que hubiese Cortes Constituyentes. Les han salido estas mal á S. S., y ahora dicen que preferían el plebiscito.

Si se hubiera acordado el plebiscito; hubieran dicho que lo debia haber habido eran Cortes Constituyentes. Pero hay más: ahora han considerado como un plebiscito estas elecciones, y tambien reniegan de ellas porque dicen que no ha habido libertad.

El señor marqués de ALBAÍDA: El Sr. Sagasta niega hechos que yo no sé como pueden negarse; en la junta de Bruselas se acordó que habria plebiscito, y el señor Latorre, que ya viene de Filipinas, puede afirmarlo á S. S.

El Sr. RIXPA: Pido la palabra para una alusión hecha á toda la minoría republicana.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Herrera): Esto no es alusión personal, sino colectiva, y el reglamento no me permite dar á V. S. la palabra.

El Sr. FIGUERAS: Yo diré lo que iba á decir el señor Rixpa. El Sr. Sagasta ha lanzado á estos bancos una acusación insidiosa, y es menester que S. S. la explique. S. S. ha dicho que hay en la minoría republicana quien cobra, aunque no del presupuesto, y yo le ruego que cite quién, porque esa afirmación sin prueba tiene un nombre que yo no quiero darle.

El señor ministro de la GOBERNACION: Yo no he hablado de la minoría republicana, sino de los republicanos en general; y además, no creo que sea deshonroso recibir dietas, como ha habido aquí quien las ha recibido de ciertos amigos ó de ciertas clases. Bien pudiera decir además, respecto de esto, que quien... Pero no quiero decirlo.

El Sr. FIGUERAS: Tres alusiones importantes me ha hecho el Sr. Sagasta. Una llamándome demagogo, otra diciendo que he manifestado que tenemos que reñir una gran batalla con los absolutistas, y la tercera sobre el plebiscito.

Yo he dicho que la *Commune* de París habia resistido como debia al gobierno de Versalles, y esto lo han justificado después los hechos de esa gobierno. El programa de la *Commune* de París es la municipalidad libre, y por consiguiente no es extraño que la defendásemos, sin que nos importe el título de demagogos con que nos distinguen S. S., y que á S. S. han aplicados otras veces.

Que nosotros esperásemos una batalla con los que representan el principio tradicionalista Es cierto: nosotros esperamos desmenuzarse el campo para reñir esa gran batalla, en la cual estaréis á nuestro lado muchos de vosotros.

Nosotros no hemos hechos una coalición, sino una inteligencia electoral; no hemos hecho como otros, una conciliación para hacer un código fundamental, que así ha salido él. Y aun esta inteligencia electoral no la ha habido en todos los casos, y ha habido republicanos que han votado al Sr. Gomis mejor que al diputado carlista, porque aun están muy vivos en ciertas partes los odios de localidad.

En cuanto al plebiscito, lo que hay es lo siguiente. El plebiscito se propuso á mediados de Octubre para ha-

cerlo en seguida. Entonces nos opusimos nosotros, porque creíamos que el plebiscito necesitaba una preparación que no se quería que tuviera, para que se votara sin conciencia. Lo que no sé lo que nunca fue que vinieran Cortes Constituyentes; y lo que sucedió fué que el gobierno llamó las Cortes después de declararse monárquico, y aquellas Cortes que no podían nombrar el rey lo nombraron...

El Sr. PRESIDENTE: Señor diputado, ruego á S. S. que no hable de lo que hicieron las Cortes Constituyentes en uso de su derecho, y que se limite á la alusión.

El Sr. FIGUERAS: Señor presidente, entonces dije yo á los que me atacaban diciendo que si las Cortes podían hacer la república podían hacer el rey, que una cosa era la forma de gobierno, y otra la persona en que debia encarnarse; pero aquellas Cortes...

El Sr. PRESIDENTE: Ruego á S. S. que no hable de eso.

El Sr. FIGUERAS: Pues me siento.

El Sr. CASTELAR: No molestaré mucho tiempo á la Cámara, ya hablo molestado por mí. Decíame ayer el Sr. Sagasta que yo me parecia en mí elocuente algunas veces á mi respetable amigo el Sr. Orense. Yo quisiera tener el ingenio del Sr. Orense, para decir al señor ministro que él es quien se parece al protagonista de *El maestro de escuela*, que cuando sus discípulos equivocaban los reyes con los rios, decía: ¡música! ¡música! Cuando S. S. no tiene medios de atacar á los que se le oponen les ataca personalmente.

El señor ministro de la Gobernación habia siempre de la emigración, y me echa en cara la tristísima desconfianza que asalta el ánimo de todo desdorado: no crea yo que S. S. me habia de atacar por lo mismo que entonces me habia sufrido: no crea yo que S. S. me echase en cara mi cátedra; pero ya que S. S. habla de barricadas, le diré que yo he barricado tanto al menos como S. S.

Por lo demás, ¿qué significa eso de demagogos? ¿No recuerda S. S. que muchos de los que hoy están á su lado decían el 22 de Junio que los conspiradores progresistas llevaban el saco para arrebatar á Madrid todas sus riquezas, y habian abierto el presidio de Alcalá?

Esto ha sucedido siempre con las oposiciones; y como las noticias de París llegan á nosotros por el camino de Versalles, no es extraño que nos representen á París como un antro, cuando allí no se hace otra cosa que defender la república contra una mayoría maquiavélica que ha sorprendido á la Francia.

Por lo demás, el señor ministro debe saber que aquellos que pelearon y vertieron su sangre en esas ocasiones no están al lado de S. S. El general Pierrat está en la ciudadela de Pamplona; el general Contreras, perseguido, y acusado por sus amigos, que son ingratos siempre.

S. S. no debe echarse de redentor, porque no ha redimido á nadie, sino que ha sido redimido, como lo he sido yo, por el general Serrano, y haré caro lo pagamos, porque S. S. ha dado á esta situación un completo carácter conservador. Por eso yo, que detesto el predominio de la fuerza, quisiera para evitar su predominio que fuéramos siempre por el camino de la legalidad, á ser posible, mejor que por el camino de la revolución. ¿Quién habia de creer que el hombre del 22 de Junio habia de ser el primer hombre de la nación después de derrocada la dinastía de Isabel III?

El señor ministro de la GOBERNACION: Ante todo diré al Sr. Castelar que yo no he dicho á nadie que haya estado en barricadas, y no tengo para qué contestar á S. S. en este punto.

En cuanto á la emigración, tampoco la he traído yo, sino S. S.: lo único que he hecho es recordar por qué su señoría no me vió en Londres, que no fué porque desconfiaba de mí y de mi partido. Por lo demás, me basta que el Sr. Figueras confiese que en estas elecciones ha habido completa libertad. Después de tantos ataques, bueno es que se diga esto y quede consignado.

Tengo aquí el manifiesto de la junta de Madrid de 17 de Octubre de 1868, que ha aceptado el Sr. Figueras, y en él se dice que no se debia decidir la forma de gobierno

